

Entrevista a François Dubet\*

## Modelos de igualdad para la justicia, en la sociedad y en la escuela

IVÁN SCHULIAQUER\*\*

François Dubet, investigador francés heredero de la sociología de Alain Touraine, focalizó sus trabajos en temas como la marginalidad juvenil, la inmigración, la socialización, el trabajo y la escuela, con una preocupación común que subyace a todos sus estudios: la cuestión de la igualdad. A lo largo de su carrera, Dubet se dedicó a trazar diagnósticos sobre la sociedad que sirvieran como elementos para la acción política. En ese sentido, dirigió, para el Estado francés, la elaboración del informe Le Collège de l'an 2000.

En sus trabajos en sociología de la educación, indagó y puso en diálogo, entre otros temas, a la santuarización de la escuela, al malestar contemporáneo de alumnos y docentes, a la meritocracia, a la masificación escolar, a la relación entre desigualdades sociales y desigualdades escolares, a la exclusión escolar y a las transformaciones que provoca la crisis de la escuela como lugar central de transmisión de la cultura. Militante por una escuela inclusiva, sus teorizaciones, sustentadas en rigurosas investigaciones, ponen en tensión el lugar de la escuela en la sociedad y examinan las vías para alcanzar la justicia social.

Este diálogo se produjo durante su visita a la Argentina para presentar su libro *Repensar la justicia social*. Contra el mito de la igualdad de oportunidades, con la intención de indagar acerca de los diferentes principios articuladores que están detrás de las luchas por lograr la igualdad en las sociedades contemporáneas, y por el rol que, en ese marco, tiene la escuela.

-En su último libro publicado en español *Repensar la justicia social. Contra el mito de la igualdad de oportunidades*, usted confronta dos modelos de justicia social: aquel que opta por la igualdad de posiciones y aquel que, en cambio, prioriza la igualdad de oportunidades. Aunque las políticas aspiren a ambos, siempre colocan a uno por sobre el otro. Pareciera que la igualdad de oportunidades, que no pone en un lugar central a los clivajes clasistas como sí pasa con la de posiciones, ha ganado el debate y, en los discursos del sentido común político, se ha transformado en sinónimo de justicia social. ¿En qué consiste la diferencia entre la igualdad de posiciones y la igualdad de oportunidades?



\* Dr. en Sociología, Director de estudios en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de Paris y Profesor en la Universidad de Bordeaux II. Es Investigador del Centre d'Analyse et d'Interventions Sociologiques (CADIS, CNRS). Publicó más de 30 libros de sociología. Entre ellos, y traducidos al español, se encuentran: *El declive de la institución*, *La escuela de las oportunidades: ¿qué es una escuela justa?*, *En la escuela: sociología de la experiencia escolar* -con Danilo Martuccelli-, y *La experiencia sociológica*.

\*\* Lic. en Ciencia Política, Universidad de Buenos Aires; Mg. en Sociología, École Normale Supérieure y Paris IV-Sorbonne; Doctorando en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. E-mail: ischuliaquer@yahoo.com.ar

## Entrevista



79

DOSSIER / ENTREVISTA / ARTÍCULOS / RESEÑAS

-El problema que buscan resolver todas las sociedades democráticas es el de combinar la afirmación de Tocqueville de la igualdad fundamental de todos los seres humanos y el hecho de que todas las sociedades, no sólo las capitalistas, tienen desigualdades muy sólidas. Entonces, desde la llegada del principio de la democracia en el siglo XVIII, la cuestión es cómo hacer para decir que somos todos iguales, pero que ocupamos posiciones sociales desiguales.

La idea que yo desarrollo, que es muy simple, dice: hay un primer modelo, que es sobre todo el de los movimientos obreros europeos, que propone reducir progresivamente las desigualdades entre las posiciones sociales. Entonces, se razona en función de las posiciones sociales diciendo: hay que lograr que los empresarios sean menos ricos y que los obreros sean menos pobres. Después, hay un segundo modelo, que fue sobre todo dominante en Estados Unidos, que es el que propone que las desigualdades sociales no son un problema desde el momento en que todos los individuos tienen las mismas chances de acceder a todas las posiciones en función de su mérito. Quiere decir que si la competencia social es equitativa, en el trabajo, en la educación, si luchamos contra el racismo y el sexismo, el mundo vuelve a ser justo porque cada uno ocupa el lugar que amerita. Es lo que yo llamo la igualdad de oportunidades.

Estos dos modelos estuvieron siempre combinados, presentes, pero con una prioridad en la igualdad de posiciones, sobre todo en Europa -y en la izquierda europea-, y en la igualdad de oportunidades en Estados Unidos. Lo que me parece que caracteriza al caso francés es que el primer modelo se agota, se fatiga, y que el segundo crece. No se trata sólo de un modelo de justicia, también son representaciones de la vida social.

En el primer modelo, las desigualdades son percibidas como de clase. En el fondo, toda la sociología, desde Marx a Parsons pasando por Durkheim, desde ese punto de vista es marxista. Las desigualdades son entre posiciones sociales. En la sociedad industrial pensamos así. En el otro modelo, ya no son desigualdades de clase, son desigualdades de oportunidades. Y las grandes víctimas ya no son los obreros: son las mujeres, son los inmigrantes, son los jóvenes, los homosexuales. La gente discriminada. En el otro modelo son quienes son explotados.

El primer modelo era hegemónico en Francia hasta que el segundo ocupó su lugar. Con lo cual, está presente tanto en la derecha como en la izquierda y sobre ese modelo se discute.

Y para pensar la cuestión de la escuela, se ve muy claro que, según uno acepte el primero o el segundo modelo, las concepciones sobre la educación se contraponen. En el libro critico los dos modelos. El modelo de la igualdad de posiciones es difícil económicamente, porque es conservador, corporativo, tiene muchos defectos. Mientras el de la igualdad de oportunidades es desigual, es cruel, porque organiza el mundo entre los vencedores y los vencidos. Si sos explotado, sos víctima. Pero si sos vencido, quiere decir que te merecés lo que te pasó.

*El modelo de la igualdad de posiciones es difícil económicamente, porque es conservador, corporativo, tiene muchos defectos. Mientras el de la igualdad de oportunidades es desigual, cruel, porque organiza el mundo entre los vencedores y los vencidos. Si sos explotado, sos víctima. Pero si sos vencido, quiere decir que te merecés lo que te pasó.*

-El modelo de las posiciones tiene en el centro al trabajo y a la utilidad colectiva. En ese sentido, incluye, como usted dice en el libro, una prioridad por la igualdad social basada también en que los trabajadores contribuyen a la producción de riqueza y del bienestar y, por eso, la sociedad les debe algo que se traduce en achicar la distancia entre las posiciones sociales. ¿Cuáles son los argumentos por los que prefiere al modelo de la igualdad de posiciones, por sobre la hegemónica igualdad de oportunidades?

-No quiere decir que estoy en contra del otro modelo, pero desarrollo tres argumentos fundamentales para sostener la igualdad de posiciones.

En principio, hay un argumento que puede parecer idiota, pero me parece loco que así sea, y es que la igualdad está bien. Está bien. No en el sentido de Mao Tsé Tung o Fidel Castro. Pero las sociedades igualitarias, en las que las desigualdades son menos fuertes, son más tolerantes, más liberales, más pacifistas, menos violentas, tienen un mejor sistema educativo, etcé-

tera. Es mejor vivir en una sociedad un poco menos rica pero igualitaria, que en una sociedad muy rica y muy desigual. Ese es el primer punto.

El segundo argumento, en sentido sociológico, tiene un sentido modelador: cuanto mayor sea la igualdad social, más fuerte será la igualdad de oportunidades. Es muy simple. Uno toma un indicador de movilidad social y un indicador de desigualdad: cuanto mayor es la igualdad, mayor es la movilidad social. Se comprende fácilmente. Si la Ciudad de Buenos Aires estuviera compuesta por barrios relativamente ricos, por otros un poco menos ricos, y por otros un poquito menos ricos, la gente que vive en los barrios un poco menos ricos podría mudarse a los que son un poco más ricos y luego, quizás, a los más ricos. Mientras que, por su parte, la gente que vive en los barrios más ricos no estaría obsesionada por el miedo de vivir en barrios un poco menos ricos. Pero si vos tenés desigualdades que son, por ejemplo, las de la Argentina de hoy, los que están abajo no subirán jamás y los que están arriba no descenderán jamás. De una cierta manera, hay algo mecánico que uno ve claramente en la escuela: si uno regula las desigualdades de posiciones, aumenta mecánicamente la igualdad de oportunidades. Por el contrario, si aumento la igualdad de oportunidades, no aumento mecánicamente la igualdad de posiciones. Incluso, puedo aumentar la desigualdad.

El tercer argumento a favor de la igualdad de posiciones es que me parece un modelo liberal. Esto quiere decir que le doy valor a la posibilidad de que los individuos manejen su vida, que elijan su identidad, su cultura. Si estoy en una sociedad relativamente igualitaria, los mecanismos de asimilación y cerrazón identitaria son menos fuertes que en una sociedad profundamente desigual. Por ejemplo, si el Islam está en un mundo socialmente excluido, eso genera un endurecimiento de la identidad musulmana. Cuando uno ve a las clases medias musulmanas, hay algunos que eligen ser musulmanes, otros que eligen serlo menos, otros que eligen no serlo. La igualdad les da esta libertad. Cuando uno ve cómo funciona eso en la exclusión de los suburbios de las grandes ciudades de Francia, uno no tiene esa posibilidad. De cierta manera, uno podría hacer el mismo razonamiento sobre las mujeres. ¿Hay que regular la diferencia de ingresos entre los sueldos de los puestos que ocupan las mujeres y los hombres o aceptar la desigualdad de sueldos y decirle a las mujeres: "Haremos dispositivos especiales para que puedan ascender"? Creo que la primera solución, paradójicamente, es mejor, porque da más libertad. Entonces, podemos encontrar muchos argumentos a favor de eso.

Último punto, evidentemente, mi defensa de la igualdad relativa de posiciones sociales supone en el caso de países como Francia, una capacidad muy fuerte de reformar el Estado Proviencia porque ha cristalizado las desigualdades y ya no las reduce. Mi libro es una manera de decirle a la izquierda que es hora de hacerse cargo.

-La acción política pareciera ser una preocupación fundamental para usted: además de que subyace a su obra como investigador, usted colaboró activamente con el Partido Socialista. En esa línea, en *Repensar la justicia social* sostiene una posición explícita a favor de cambios graduales en el sistema y dice que el capitalismo puede ser modificado con éxito para lograr una sociedad más igualitaria, en la que se garanticen ciertas condiciones para las posiciones ocupadas por los más frágiles, como lo hizo en ciertos países el Estado de Bienestar. ¿Por qué es reformista y qué futuro le ve al reformismo de izquierda?

-Yo soy ultrareformista. Detesto las posiciones radicales porque, en general, son las más conservadoras. En definitiva, cuando vos decís que hay que cambiar todo, en general quiere decir que, como uno no puede cambiar todo, no se puede cambiar nada. Y en las universidades francesas la gente quiere cambiar todo, pero si uno se pasa un rato del fin de la hora de clase, se enojan. Lo digo muy seriamente. Hoy el radicalismo en las clases intelectuales es una pose intelectual. No era una pose cuando la gente podía ir presa por eso, pero hoy lo único que uno arriesga es ir o no a la televisión. Hoy el verdadero coraje político está en tomar ciertas responsabilidades. Lo cual significa preguntarse: "¿Qué podemos hacer ante esto?". Y no en decir: "El mundo es insostenible", mientras tomo una cerveza con mis amigos.

Sobre la cuestión de fondo del reformismo, soy optimista. Tengo el sentimiento de que las

izquierdas empiezan a entender que cambiamos de siglo. Que comprenden que el sistema capitalista no será abolido en un futuro próximo. También hay izquierda de la izquierda. Hay un porcentaje de gente que vota contra el capitalismo, contra Europa, contra China, contra Estados Unidos. Moralmente es mucho más simpática que la extrema derecha, pero políticamente es casi equivalente. De todas formas, muchos empiezan a entender que tenemos capacidades de acción política y que el coraje político puede ser eficaz. No puedo saber qué va a pasar, pero tengo la impresión de que en las áreas que yo conozco, como la educación por ejemplo, hay un cambio liviano de percepción de las cosas. Creo que, fatalmente, habrá izquierdas reformistas.

En las categorías políticas, Obama no es un hombre de izquierda. Pero, ¿quién hubiera pensado que Obama, un candidato negro que defiende las protecciones sociales, iba a ser elegido en Estados Unidos? Las cosas no fueron como hubiéramos pensado, pero de todas formas, ¿quién hubiera imaginado que en Túnez, Egipto, Libia, Siria, la gente diría "Ya basta"? No son todas razones para ser optimistas, pero hay cosas para ser muy optimistas porque las otras fuerzas son las del repliegue, las del encierro.

-El año pasado usted publicó en Francia *Les sociétés et leur école*, junto con Marie Duru-Bellat y Antoine Vérolet, que compara las desigualdades sociales y las desigualdades escolares en los países más ricos del planeta. En ese marco, muestra que no son equivalentes y que la escuela no es un simple producto de la sociedad que la alberga. También un factor que remarcan en el libro es cómo en los países en los que las tasas fiscales son más altas, las desigualdades son menores.

-En la investigación mostramos que no había un paralelismo entre la amplitud de las desigualdades sociales y la amplitud de las desigualdades escolares. Hay países en los que las desigualdades escolares son más fuertes que las sociales, y países en que las desigualdades escolares son mucho menos fuertes que las desigualdades sociales. Es por eso que soy reformista porque eso quiere decir que no hay que esperar la revolución mundial para mejorar el sistema escolar. Uno puede hacerlo porque en países de riquezas comparables tenés escuelas que son mejores que otras. Lo mismo pasa con los sistemas de salud o con la delincuencia. Hay siempre un espacio de acción.

En lo que respecta a lo fiscal, lo más importante para la justicia social es la justicia fiscal. Más uno redistribuye el dinero, más uno compensa los mecanismos desiguales del mercado. El arte de la política es hacer esto sin que se paralice la economía. Sin embargo, la historia liberal nos dijo durante mucho tiempo que las desigualdades son buenas para el desarrollo económico y no es así. Felizmente no lo es. Los países europeos tuvieron tanto desarrollo como Estados Unidos. En ese sentido, la correlación entre el poder del Estado Benefactor y la igualdad social es muy fuerte.

Podemos afectar muy fuertemente la desigualdad a través de la redistribución directa, pero también gracias a redistribuciones indirectas, y ahí entra la escuela. Por ejemplo, si vos tenés un sistema educativo de buena calidad, es un factor de igualdad social. Si los maestros de escuela están bien formados, es bueno. Es obvio, pero hay que recordarlo porque olvidamos las evidencias.

-¿Y cómo se explica que Estados Unidos sea, dentro de los treinta países desarrollados que investigaron, el más desigual, aquel en el que la brecha entre los más pobres y los más ricos es más grande? ¿Lo que falla es la solidaridad orgánica del sistema? ¿Esto se relaciona con el modelo de justicia de la igualdad de oportunidades?

-El problema es que, cuando hacemos comparaciones internacionales, Estados Unidos es un país extraordinariamente atípico. Es el país más rico del mundo y está entre los más desiguales del planeta. Hay una tasa de pobreza que empieza a parecerse a la de América Latina. La pregunta, que es muy interesante desde el punto de vista sociológico, es ¿por qué los estadounidenses aceptan las desigualdades? Para mí, efectivamente, es porque los norteamericanos creen muy fuertemente en la igualdad de oportunidades como principio de justicia. Por ejemplo, cuando Obama quiso crear un sistema de protección social apareció

la oposición del Tea Party que es muy interesante. Lo que dicen no es tan simple como uno cree. No es necesariamente una banda de brutos fascistas. Es gente que dice: "Lo justo es que cada uno sea responsable de lo que le toca". Y ellos creen en eso. Por razones filosóficas, políticas, religiosas. Mucha otra gente lo cree también. Entre ellos, negros, pobres. Es complicado.

Lo segundo que esta gente dice es que, al mismo tiempo, ellos quieren ser solidarios sólo con aquellos que ellos deseen. Quiere decir que quieren pagar, pero sólo por aquellos que les caigan bien. Para mí eso, sin dudas, es una catástrofe social. Es algo muy perturbador sobre el modelo norteamericano, que es muy particular. El principio de libertad y de responsabilidad individual es superior al principio de igualdad. Las consecuencias: desigualdad, salud abominable, uno de cada ocho estadounidenses vive de la protección social y no tiene trabajo, se mantienen los clivajes raciales. Es un corte. Pero este corte es aceptado porque los norteamericanos consideran que la igualdad de oportunidades es un verdadero principio de justicia. Desde el punto de vista de la sociología, es apasionante.

En el mundo europeo hay una tasa fiscal del orden del 50%, en Estados Unidos es de 38%. Creo que el riesgo de lo que pasa en Estados Unidos, que fue bien subrayado por el sociólogo Robert Putnam, es que hoy las desigualdades cierran el capital social. Es decir, que cuando uno está en un mundo igualitario, tiene una suerte de confianza difusa en los otros. Incluyendo a aquellos a los que uno no conoce. Por ejemplo, hay investigaciones muy interesantes acerca de por qué los suecos pagan el colectivo, pese a que podrían colarse. En el fondo dicen: "Tengo que ser solidario con los otros porque no somos tan diferentes". Cuando hay mayor desigualdad, menos gente paga el colectivo porque uno dice: "Los ricos no lo pagan, por qué lo pagaría yo".

En Estados Unidos hay nexos de solidaridad, pero que se desarrollan con la gente que uno tiene cerca. Por ejemplo, hay fenómenos muy inquietantes, que son los de escisión municipal. Es como si el barrio de Palermo dijera: "Tenemos un barrio simpático, no tenemos ganas de pagar por los demás barrios que son distintos al nuestro". Entonces, piden armar una nueva comuna y ser solidarios entre ellos. Y eso pasa muy seguido. Cuando uno está en Los Ángeles lo observa claramente en el estado de las rutas. Uno está sobre una ruta muy bien hecha, y de pronto la ruta está repleta de baches durante diez kilómetros hasta que vuelve a estar bien asfaltada. Eso es por los cambios de municipalidad. La gente no quiere pagar por la ruta de los otros. Es un riesgo mayor de solidaridad que se reserva.

Después, está el tema de las fundaciones. Las fundaciones a priori están muy bien y son un buen sistema de redistribución, pero eso sólo funciona para las fundaciones simpáticas de causas simpáticas. Quiere decir que, en el fondo, es una vuelta a la filantropía del siglo XIX: uno ayuda a los pobres que lo ameritan. Por ejemplo, las fundaciones para niños enfermos tienen mucho dinero. Pero las fundaciones que se ocupan de los enfermos de Sida no tienen plata, porque se considera que los que lo tienen tuvieron prácticas toxicómanas o sexuales escandalosas.

Entonces, es por eso que el modelo solidario de la igualdad de posiciones no está mal: ayuda a los chicos enfermos, pero también a los enfermos de Sida. Uno no elige. La sociedad norteamericana es extremadamente particular. Más que pensar que el futuro del mundo es estadounidense, habría que decir que es una sociedad muy especial. De hecho, tiene una tolerancia a la desigualdad excepcional en el mundo.

-Usted critica de su país la meritocracia, que se traduce en el elitismo del sistema educativo, y advierte que la escuela funciona hoy como un instrumento de selección social. En línea con lo que decía antes, se piensa poco en aquellos que, bajo el principio de igualdad de oportunidades, quedan

*En la investigación mostramos que no había un paralelismo entre la amplitud de las desigualdades sociales y la amplitud de las desigualdades escolares. Hay países en los que las desigualdades escolares son más fuertes que las sociales, y países en que las desigualdades escolares son mucho menos fuertes que las sociales. Es por eso que soy reformista porque eso quiere decir que no hay que esperar la revolución mundial para mejorar el sistema escolar. Uno puede hacerlo porque en países de riquezas comparables tenés escuelas que son mejores que otras. Lo mismo pasa con los sistemas de salud o con la delincuencia. Hay siempre un espacio de acción.*

fuera de camino. La escuela francesa estaría basada, a su vez, en un sistema de calificaciones compulsivo, que comienza desde muy temprano y que genera un malestar profundo en los docentes y en los alumnos. ¿Por qué pasa esto?

-Durante mucho tiempo la selección social era anterior a la selección escolar. Los chicos del pueblo estaban de un lado, los de la burguesía de otro. Las desigualdades sociales definían el camino. Agrego: las mujeres estaban de un lado y los hombres de otro. La sociedad determinaba la carrera escolar. Había algunos pocos chicos pobres, con ciertas condiciones, que llegaban a transformarse en burgueses.

Desde que progresa el principio democrático, esto es inaceptable. Esa es una escuela de apartheid. La escuela a la que yo fui de chico, hoy sería intolerable. Ahora, en Francia, metemos a todos los chicos en la misma escuela. Y cada vez más niños, y cada vez más tiempo.

Y, a partir de eso, la escuela pasa a ser la institución que hace la selección que la sociedad hacía antes. Entonces, la escuela es una competencia, que funciona con la lógica de una copa: una vez que uno pierde, sale. Pero partimos del principio de igualdad. Y la gran decepción de este sistema es que al final de la competencia, cuando vemos quiénes ganaron, son los mismos de siempre.

Eso crea una gran decepción respecto de la escuela. Porque si todos los chicos hacen la misma escuela, y la competencia de igualdad de oportunidades es justa, pero al final tenemos los mismos resultados estadísticos, ¿cómo se hace para manejar ese sistema para que los alumnos no sean víctimas de ese sistema de selección? Tuve un encuentro con especialistas argentinos en educación y me contaban que, como en Francia, son muchos los chicos de medios populares que saben que en la escuela van a perder y que se preguntan para qué jugar el partido si saben que van a quedar afuera.

-Usted hablaba en trabajos anteriores de la muerte de la escuela como santuario, entendiendo por santuario a un modelo escolar heredado de la Iglesia. No obstante, la imagen de lugar apartado del mundo pareciera estar muy presente en los discursos mediáticos y en los del sentido común, que vuelven una y otra vez sobre la necesidad de preservar a la escuela del exterior. Es más, todo suceso negativo que tenga lugar en la escuela se presta a un discurso moralizante y prescriptivo en el que la escuela tangible aparece lejana de lo que la escuela "debería ser": una imagen idealizada que pareciera referir a una escuela intangible. Pero, además, en Francia, la idea de resantuarizar la escuela reapareció a partir de que el presidente actual Nicolás Sarkozy repitió varias veces que la solución a la crisis educativa, en general vinculada con casos de violencia en las escuelas, pasa por resantuarizar a la escuela. ¿En qué consiste la muerte de la escuela santuario?

-En esos trabajos intenté demostrar que la escuela republicana francesa era la traducción laica del modelo católico. En el fondo, propongo que la escuela republicana, que fue hecha contra la Iglesia, en realidad fue hecha como si fuera la Iglesia. Entonces, la Iglesia, y su modelo católico, suponen que la educación religiosa se hace fuera del mundo. Es por eso que uno va a las iglesias, incluso si uno no es creyente: hay silencio, tranquilidad y paz. Es la idea de pensar que la escuela sería como la Iglesia. Sin vida social, sin sexo, sin dinero. Sólo hay saber. Esa es la primera santuarización: estar fuera del mundo.

La segunda santuarización es que los profesores ocupan el lugar del cura. En el mundo católico, es un intermediario entre Dios y los hombres. El cura basa su autoridad diciendo: "Hablo en nombre de Dios". El maestro dice: "Hablo en nombre de la razón, del saber, de la ciencia, etcétera".

*(...) Ahora, en Francia, metemos a todos los chicos en la misma escuela. Y cada vez más niños, y cada vez más tiempo. Y, a partir de eso, la escuela pasa a ser la institución que hace la selección que la sociedad hacía antes. Entonces, la escuela es una competencia, que funciona con la lógica de una copa: una vez que uno pierde, sale. Pero partimos del principio de igualdad. Y la gran decepción de este sistema es que al final de la competencia, cuando vemos quienes ganaron, son los mismos de siempre. Eso crea una gran decepción respecto de la escuela. Porque si todos los chicos hacen la misma escuela, y la competencia de igualdad de oportunidades es justa, pero al final tenemos los mismos resultados estadísticos, ¿cómo se hace para manejar ese sistema para que los alumnos no sean víctimas de ese sistema de selección?*

La tercera forma de santuarización, que es más sutil y que es muy francesa, es que, como se hace en la teología católica donde se distingue el alma pura del cuerpo impuro, distinguimos al alumno, un ser irracional, del maestro, un ser de razón. Y la escuela francesa pide a los chicos que se queden afuera. La escuela dice: "Hagan entrar a los alumnos, pero que los chicos se queden afuera". Es un imaginario. Con la masificación, todo este imaginario explotó.

La escuela, en varios de los países católicos, tiene una suerte de crisis de legitimidad extraordinaria. Crisis de la autoridad y de la relación pedagógica porque los maestros creían que eran como curas en una Iglesia y hoy los jóvenes les dicen: "No es una Iglesia y usted no es un cura, no tengo por qué creerle". Y eso genera un gran problema.

Uno ve que los países de tradición protestante tienen hoy en las evaluaciones internacionales mejores sistemas escolares. Porque la tradición protestante es muy democrática. Ellos leen la Biblia por sí mismos, en su propia lengua. El gran acierto de Lutero estuvo en haber traducido la Biblia al alemán. Hasta entonces, como estaba en latín, nadie la leía. Las ceremonias de protestantes son entre creyentes que se juntan y son todos iguales. El pastor no es un cura, es el líder de la comunidad. Señalo además, que en muchas partes de América Latina los evangelistas son mayoría: en Brasil, en Chile y pronto lo serán en Argentina. Esto porque, de cierta manera, tienen una experiencia religiosa más emocional y más democrática.

Creo que, filosóficamente, se trata de la oposición entre el filósofo norteamericano John Dewey, que asegura "Educar es hacer tener experiencias a los niños", y Émile Durkheim, que afirma "Educar es hacer entrar en el chico la ley y la razón". Es un tema ligado al estilo pedagógico. Lo que es impresionante es que, de cierta manera, en sociedades como la francesa, hay una caída simbólica de este sistema. Entonces, los docentes están infelices.

-Ese patrón católico también lo tendría Argentina, cuyo sistema educativo fue creado mirando hacia Francia y cuya matriz laica también fue fundante. Más allá de diferencias socioeconómicas y culturales fuertes, pareciera que la desantuarización también sacude al sistema escolar argentino.

-La desantuarización es general. El problema es que para los protestantes es normal. Cuando uno está en un país que tiene sobre todo una tradición protestante, no hay que idealizar igual, la relación con la escuela es mucho más pragmática. Cuando uno está en un país de tradición católica en el que la escuela además es anticlerical, como fue el caso argentino, chileno o brasileño, hay muchos problemas para cambiar el sistema porque la gente de la escuela considera que es sagrada. Y cuando hay algo que es sagrado, no se puede cambiar. Hay una especie de vuelta de la historia que hace que, de una manera rara, la religión se venga de la escuela.